

## 23. LA RED LLENA DE PECES

**Introducción.** En muchas parábolas nos encontramos imágenes que nos sorprenden por la exageración que Jesús nos propone. Todo lo que se refiere al Reino de Dios para Jesús conlleva sobreabundancia, exuberancia y grandiosidad. El reino llega siempre de manera discreta y sencilla, a través de corazones conectados y unidos a Jesús. Pero el fruto de la acción del Espíritu, siempre conlleva grandeza, “grandes obras”, dirá María la Virgen, en la pequeñez de sus protagonistas. Hoy Jesús nos lleva junto al mar y nos habla de la sobreabundancia de la pesca. Entre los discípulos había por lo menos cuatro pescadores. Y la pesca fue para Pedro, Santiago, Juan y Andrés el inicio de su relación sorprendente con Jesús. *«Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca». Respondió Simón y dijo: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes». Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse. Entonces hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador». Y es que el estupor se había apoderado de él y de los que estaban con él, por la redada de peces que habían recogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y Jesús dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres». Entonces sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron» (Lc 5,4-11).* Pedro experimentó la llegada del Reino al ver las redes llenas de peces. Toda una noche estéril e inútil, se convierte en un momento inolvidable de fiesta y de éxito que se quedará grabado en su memoria por la acción de Jesús. El fracasado se convierte en triunfador. El pobre se llena de riqueza. El tiempo aparentemente perdido se colma de plenitud y de alegría.

**Lo que Dios nos dice.** *«El reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran. Lo mismo sucederá al final de los tiempos: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el rechinar de dientes» (Mt 13,47-50).*

Jesús nos invita a situarnos en ese momento celebrativo, compartido, lleno de alegría y de asombro. Un grupo de pescadores que se fijan y valoran lo que han pescado. Y se disponen a celebrar todo lo recogido en la red como un valioso botín, como un don, y aprender a guardar ya desechar todo lo que no tiene valor. Ese ejercicio es el que llamamos discernimiento. Aprender a leer la realidad y más aún, la actualidad, desde los ojos de Dios. Los pescadores seleccionan todos los peces que han llenado las redes. Nosotros necesitamos hacer ese ejercicio de recolección, de valoración, de reconciliación de acogida de todo lo que nos ocurre. Necesitamos volver una y otra vez a lo vivido y descubrir la presencia de Dios en toda nuestra historia. Recordar es volver a pasar por el corazón todo lo vivido. Y almacenar en el corazón la cantidad de tesoros que acumulamos. “Las cosas fueron como fueron, pero son como las recordamos”. El ejercicio de fijarnos en lo que llena las redes de nuestra vida es una práctica de gratitud. Todo lo que vivimos nos enseña algo. Hasta los peces de roca, dan un buen caldo y un fumet impresionante. Hasta las cabezas de las gambas sirven para dar sabor a una fideuá. La parábola incide en dos actitudes, la paciencia de observar y examinar lo recogido y la mirada apreciativa que lo envuelve todo. Muchas veces somos muy rápidos a la hora de juzgar todo lo que ocurre, las personas, las situaciones, la utilidad o no de lo que nos ocurre. Enseguida ponemos la etiqueta de bueno o malo a todo. Y resulta que la vida, si somos pacientes, siempre nos asombra y nos sugiere matices que nos hacen valorar lo que ocurre. San Pablo nos recuerda: *«Pues considero que los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará».* (Rom 8,18).

**Cómo podemos vivirlo.** Damos más fruto del que somos conscientes. Hay mucho de nuestra vida que ya sabe a Evangelio. Nosotros desde nuestra subjetividad somos incapaces de ver la trascendencia de nuestros actos. A veces pensamos que las redes están vacías. Por eso tiene tanto valor la comunidad, compartir la fe con otros, porque ellos son los verificadores de nuestra fe y de nuestro amor. Obras son amores y no buenas razones. Agradecemos tanta luz y tanto amor que recibimos a diario de las personas que recorren con nosotros el camino de la vida.